

Entónces se habló de los detalles de mi composicion, y para colmo de ventura, ví salir de los lábios de Rosa el testimonio, dos ó tres veces repetido de su viva admiracion.

Hablóme muy poco sin embargo, y parecia ser presa de pensamientos que la absorbían por completo: pero sus ojos brillaban de una manera singular, y cada vez que su mirada se detenía en mí, yo me hallaba agitado hasta el fondo del alma por una sensacion desconocida.

El tiempo se pasó con la rapidez del relámpago: ninguno de nosotros habia reparado que la luz del dia iba disminuyendo, y que las sombras empezaban á caer.

Mr. Pavelyn estaba orgulloso y lleno de alegría con mi obra: me hablaba con entusiasmo y se complacia en pensar en el porvenir que su proteccion me habia preparado. Me ofreció que no me abandonaria hasta que hubiera adquirido la brillante fortuna y el glorioso nombre que para mí presagiaba.

—Muchos jóvenes artistas, me dijo, se ven detenidos en su carrera por la necesidad de trabajar demasiado pronto para ganar su vida; pero yo desembarazaré tu camino de este obstáculo y te daré los medios necesarios para que no te ocupes mas que de verdaderas obras de arte.

La llegada de los criados, que venían á iluminar los salones, advirtió á Mr. Pavelyn, á su esposa é hija que ya era tiempo de que fueran á vestirse, y él mismo me dijo que volviera también á mi casa, á fin de ponerme un traje de baile, pues no tardarian ya en llegar algunas gentes.

XVI

CUANDO volví á casa de mi protector, un gran número de convidados se hallaban ya reunidos: al entrar en el salon quedé deslumbrado por la riqueza de los trajes de las señoras: todo era seda, encajes, oro y perlerías.

No me atreví á mezclarme con las personas á quienes la fortuna colocaba tan por encima de mí; pero Mr. Pavelyn me tomó por la mano, me presentó á la sociedad como el autor del bello grupo y me llevó delante de mi obra, que se hallaba rodeada de un círculo de espectadores.

Cada uno me dirigió algunas palabras benévolas: algunas personas me expresaron mas calurosamente que otras su admiracion por mi primera obra: todos me felicitaron y me predijeron una carrera brillante, y durante largo tiempo yo fuí el objeto de la atencion general.

Rosa habia entrado con su madre en el salon y se habia aproximado á mí sin que yo la viese hasta que ya estaba á mi lado. Parecia que ella recogía con mas satisfaccion que yo mismo las alabanzas que caian de los lábios de los circunstantes, y cada vez que alguno de ellos exclamaba: ¡Magnífico! ¡Perfecto! la alegría brillaba en sus ojos y una dulce sonrisa iluminaba su semblante.

¡Qué hermosa estaba Rosa aquel dia! En la corona na-

tural que le formaba su cabellera rubia dispuesta en sedosos rizos, se abrian algunas rosas blancas en cuyos cálices resplandecian centellas de diamantes; ceñia su cuello un collar de perlas de Oriente con reflejos nacarados: un vestido de raso blanco, salpicado de plata, dibujaba su esbelto talle y flotaba en el pavimento con pliegues ondulados: una nube de blondas transparentes la envolvía como un vapor de nieve; pero lo que habia en ella de mas seductor y mas hermoso eran sus grandes ojos azules, la amable sonrisa que entreabría sus lábios, la distincion de sus delicadas facciones y la elegancia de su talle de sílfide.

Cada vez que la miraba yo, un temblor de admiracion recorria mis venas: Rosa hacia en mi espíritu el mismo efecto que una criatura sobre natural, deslumbradora de belleza y de majestad que se hubiera aparecido ante mis ojos: apenas me atrevia á dirigirle un mirada furtiva, aun cuando ella tomaba una parte tan sincera en mi dicha hablando de mi grupo con los convidados.

La mayor parte de las personas allí presentes me habian ya visto en casa de Mr. Pavelyn, y sabian que yo era su protegido.

Ya no sufría yo nada de oírle contar y repetir con mil detalles á todos los que querian oírle, cómo habia deseuabierto mis dichas disposiciones: y cómo, gracias á su sola prespicacia, la Bélgica contaría muy pronto con un eminente escultor.

Cerca de mi obra, me sentía bastante grande para no desear un origen mas noble: y ni aun cuando Mr. Pavelyn en medio de su entusiasmo, declaró que yo era el hijo de un fabricante de zuecos, esta revelacion no me hirió.

No sucedió lo mismo con Rosa, sobre la cual hizo una impresion muy visible y muy triste: porque la ví temblar al oír la revelacion fatal, y el rubor del despecho ó de la vergüenza coloreó su blanca frente.

El efecto no pudo ser menos favorable en la sociedad, porque un silencio embarazoso, sucedió á la animada conversacion: muchos labios se frunciéron desdeñosamente, y oí detrás de mí la voz de una señorita que murmuraba al oído de su vecina:

—¡Qué lástima que sea hijo de un aldeano, este jóven tan hábil!

Insensiblemente la atencion general se separó de mi obra, y los convidados se diseminaron por los salones: las señoras dejaron las primeras el círculo de los curiosos, y eligieron sitio en las sillas colocadas al derredor de la pared.

Dos ó tres caballeros quedaron solos hablando conmigo de mi obra, y del arte en general: uno de ellos era un hombre de un gusto delicado y de una ciencia profunda: no hacia como las otras dos personas que habian quedado conmigo y que me alababan sin saber por qué, hiriéndome con un insoportable acento de proteccion: al contrario, él analizó mi composicion, adivinó mis intenciones y penetró con gran asombro mió las razones de las formas particulares que yo habia elegido para mis figuras: el elogio en su boca me llenó de orgullo, porque tenía la conviccion de que su sentimiento estaba fundado en un verdadero conocimiento del arte. Cuando criticó algunas partes de mi grupo, lo hizo con tanta delicadeza, que su crítica me elevó á mis propios ojos, porque me probó que me juzgaba bastante artista para prevenirme contra la pretension de una perfeccion imposible.

Mi conversacion con aquel anciano duró largo tiempo y de ella saqué una fuerza inagotable de valor y de fé, al mismo tiempo que aumentó mi amor al arte: así, pues, fué con un sentimiento de pesar como ví mi coloquio interrumpido por tres ó cuatro personas que vinieron á buscar á mi compañero y le llevaron hácia una anciana señora, á cuyo lado se sentó sin ocuparse mas de mí.

Entonces, hallándome solo, cerca de un grupo de caballeros que hablaban, dejé mis ojos errar por el vasto salon; qué ondas de seda y de encaje, qué reflejos de oro y de diamantes ofrecia la guirnalda de damas que decoraba el salon! qué encantadoras eran las figuras de aquellas mujeres, cuyas gracias se abrian como las frescas flores de la primavera de la vida! y no obstante, ninguna llegaba en hermosura á las gracias de Rosa Pavelyn.

Otros muchos como yo debieron tener la misma idea: porque en tanto que cerca de otras jóvenes se veian uno ó dos caballeros para invitarlas al baile, al derredor de Rosa habia un círculo numeroso que ofrecia homenaje á su hermosura.

Distinguíase entre todos un jóven notable por la distincion de sus facciones, por la elegancia de su traje y por la gracia de sus maneras, que se esforzaba mas que ningun otro en cautivar la atencion de Rosa.

Un temblor glacial sacudió mis miembros, como si la vista de aquel jóven me hubiera helado de espanto; una sombría tristeza embargaba mi espíritu: mi corazon se lanzaba hácia Rosa con violencia: hubiera deseado hallarme en medio de los jóvenes que la dirijian galanterías: parecíame que yo tenia algun derecho á tomar parte en el brillo que brotaba de sus ojos, en la dichosa sonrisa que erraba en sus labios, en las palabras amables con las que daba gracias á sus adoradores encantados de sus gracias.

Pero todos ellos eran los hijos de los mas ricos negociantes de Amberes, y ninguno poseia ménos de un millon: ¿quién era yo? el pobre hijo de un hombre del pueblo: un infeliz muchacho sin ninguna fortuna: todo lo debia á Mr. Pavelyn, como él mismo lo decia, y por únicos bienes poseia solo un corazon sensible, una fé profunda en el arte y alguna esperanza de un porvenir glorioso.

Reconocí entonces claramente que para este mundo de la riqueza material, que me habia admitido en su seno

como á su protegido con una especie de piedad, yo no era otra cosa que una criatura humilde é inferior, y que mi deber me prohibia severamente el darme la menor importancia.

Estaba, pues, firmemente decidido á estar todo lo posible alejado de Rosa, para no ofender ni á ella ni á nadie: no obstante, el sentimiento de mi inferioridad me era muy penoso, y mas de una vez sentí un dolor agudo en el corazon cuando un movimiento al derredor de Rosa, ó los gestos de los que componian su corte, me hacian creer que estaban admirados del encanto de su conversacion.

No me atrevia, sin embargo, á volver los ojos al lugar donde ella se encontraba: temia que se pudiese leer en mi alterado rostro lo que pasaba en mi alma! y yo temia que mis sentimientos pudiesen tomarse como una injuria á la hija de mis bienhechores.

Este temor me hizo volverme por completo hácia el lado opuesto al en que se hallaba Rosa y dirigí los ojos á la otra parte de la sala: pero bien pronto sucumbí á la atraccion poderosa que ella ejercia sobre mí, y mis ojos se volvieron sin quererlo al lugar donde se hallaba sentada.

La casualidad abrió un claro en el círculo que la rodeaba: ella me vió: nuestros ojos se encontraron; una sonrisa de una dulzura inefable, una expresion de alegría y de amistad vinieron á deslumbrarme: hizome con las manos una señal tan afectuosa, que todos los jóvenes me miraron con asombro: el círculo volvió á cerrarse.

Una cosa extraña pasó en mi interior: levanté la cabeza con orgullo: parecióme que habia crecido: respiré con fuerza para desahogar mi pecho oprimido, y mientras que la alegría inundaba mi corazon, paseé mis ojos con seguridad sobre los invitados, como si aquella sencilla sonrisa de Rosa, me hubiera hecho mas noble y mas rico que todos ellos.

Entonces tambien hallé bastante fuerza en mí mismo para cumplir lo que creia mi deber: separé mis ojos de Rosa y resolví no exponerla mas al peligro de despertar de una manera quizá poco favorable la atencion de los concurrentes por sus testimonios de afecto hácia mí: me bastaba su sonrisa para no desear ya otros favores: mi embarazo habia desaparecido y me sentia libre y ligero de espíritu.

Me apercibí entonces de que no habia dejado aun mi primer sitio y de que estaba de pié cerca de mi estatua inmóvil como un centinela: imité á los asistentes y me puse á pasear por los salones sin presuncion, pero tambien sin humildad.

En uno de los ángulos del salon principal se hallaba sentada en medio de otras muchas personas una anciana señora que me dirigió la palabra, y que despues de cambiados algunos cumplimientos me ofrecia un asiento á su lado para hablar un poco de mi arte y de mi obra.

Me alegré mucho de hallar un pretexto para sentarme, pues ya empezaba á fatigarme de estar en pié.

La anciana señora era una mujer de talento que habia viajado y leído mucho: me demostró un gran amor al arte y me habló con una viva admiracion de las magníficas esculturas de Italia, de las obras maestras de Miguel Angel y de Cánova: indicóme tambien con una sagacidad que demostraba un talento verdadero y profundo todas las bellezas de mi estatua, y expresó la conviccion que tenia de que yo era llamado á un brillante porvenir: una bella jóven que se hallaba sentada á su lado se mezcló en la conversacion y me encantó con la poesía de su lenguaje y con la seductora dulzura de su voz: era la hija menor de la anciana señora, que me la presentó como una notabilidad musical.

Hallábame tan dichoso hablando con aquellas dos inteligentes criaturas, que olvidaba lo mismo que ellas, la gran

distancia que nos separaba en el mundo, y la diferencia de nuestras respectivas posiciones.

Haria como una media hora que hablábamos, cuando volví por casualidad la cabeza al sitio donde se hallaba Rosa: el círculo que la rodeaba se habia aclarado, y podia verla sin obstáculo: sus ojos se hallaban fijos en mí; pero hallé yo no sé qué de triste y de doloroso en su mirada; la sonrisa no vino esta vez á iluminar su blanco y gracioso rostro: al contrario, sus lábios comprimidos, parecian dirigirme algun mudo reproche: cuando advirtió que yo la miraba, separó los ojos.

Creí que me engañaba en cuanto á la expresion que creia haber leído en las facciones de Mlle. Pavelyn: ¿qué era lo que podia entristecerla en aquella brillante fiesta? ¿acaso se hallaba entonces en uno de esos accesos de melancolía que tanto inquietaban á sus padres? no pude tampoco meditar durante largo tiempo, porque se dejaron oír los acordes del piano, y poco despues la voz fresca y sonora de una jóven, resonó en el salon, y cautivó mi atencion de una manera irresistible, por su expresion llena de sentimiento y su deliciosa armonía.

Un caballero sucedió á la jóven, y mereció igualmente generales aplausos.

Miéntas que yo hablaba de música con las dos señoras, reparé que muchas personas y Mr. Pavelyn con mas empeño que las otras, pedian á Rosa que se dejase conducir al piano: ella parecia rehusar: su padre se acercó á mí, y me rogó que uniese mis esfuerzos á los suyos, para decidir á Rosa á que cantase, añadiendo, que si yo queria ejecutar el duo favorito de su hija, y que tantas veces habiamos cantado juntos, Rosa no resistiria durante mas largo tiempo al deseo general.

Seguí á mi protector, y fuí á proponer á Rosa que me permitiese acompañarla hasta el piano, suplicándola cantase conmigo su duo preferido: el gallardo jóven, que no

se separaba de su lado, unió sus súplicas á las mias: Rosa contestó, que no se sentia buena: que el calor de la sala la incomodaba, que no se hallaba dispuesta á cantar, y que agradecería mucho que no insistiesen mas sobre este punto.

Contemplábala yo con doloroso asombro en tanto que hablaba: veia en su rostro una tristeza profunda, alguna cosa de amargo y desolado, que me hizo creer en la sinceridad de sus palabras: no obstante, yo insistí de nuevo, creyendo que el canto disiparía su melancolía.

Entonces, Rosa me dijo con el acento de un sufrimiento mas vivo:

—Es muy cruel el atormentarme así; caballero: la señorita Paulina Vanden-Berge, tiene un gran talento musical; tiene mejor voz que yo, y sabe bien el duo: ¿por qué no le rogais que lo cante con vos? en cuanto á mí, por piedad os ruego que me dejéis en paz!

La negativa de Rosa me afectó penosamente; pero Mr. Pavelyn no me dejó expresar mi pesar: contrariado de que su hija se negase á cantar, me condujo directamente hácia la jóven, á cuyo lado habia yo estado poco antes, y la suplicó que accediese á cantar conmigo el duo en cuestion.

Quise excusarme é hice alguna resistencia: yo no tenia de la música mas que un conocimiento superficial, y corria el riesgo de ponerme en ridículo, dando á conocer mi ignorancia: pero Mme. de Vanden-Berge se mostró tan dispuesta á complacer á Mr. Pavelyn, y éste tenia tal deseo de oír el duo, que sin saber cómo, me hallé delante del piano, y al lado de mi linda compañera: con gran asombro mio, el duo fué saliendo bastante bien, y después de las primeras notas me sentí estimulado por la facilidad sonora de mi voz: cuando terminamos, el auditorio nos aplaudió con una satisfaccion visible, y todos, inclusa Mme. Paulina, me felicitaron por la pureza y expresion de mi estilo.

Cuando hube conducido á su sitio á mi compañera de armonía, me acerqué á Rosa: ella tambien me dijo que habia cantado de una manera notable y *mejor que nunca*; pero añadió que no era extraño, porque la voz de Mlle. Vanden-Berge se unia maravillosamente á la mia.

Como la tristeza continuaba en ésta impresa sobre su rostro, me esforcé en consolarla y en darle esperanzas de que su indisposicion se pasaria muy pronto: llamé á uno de sus criados, que hacian circular por el salon bebidas heladas, y la ofrecí un refresco, aconsejándola que saliese del salon para tomar, durante algunos instantes, un aire mas puro; pero lo rehusó todo con una especie de languidez, y me hizo entender que el mas grande placer que podia ocasionarla era el no hablarle mas de esto y no importunarla con mis atenciones.

El piano dejaba oír los primeros acordes de un wals, y ya algunas parejas, incitadas por un gracioso prelude, se disponian á bailar: muchos jóvenes se acercaron á Rosa, disputándose el favor de bailar con ella; entonces retrocedí á pasos lentos al fondo de la sala, para no estorbar á los que bailaban.

Inmensa era la tristeza que poco á poco habia descendido al fondo de mi espíritu! me afligia, no solo la idea de saber que Rosa estaba indispuesta, y obligada á privarse del placer de tomar parte en el baile, sino tambien aquel no sé qué de amargo y de profundamente desolado que traspiraba en todo lo que me habia hablado: era un triste enigma del que no me era posible hallar la solucion.

Largo tiempo permanecia sumergido en mis reflexiones, olvidando casi por completo, todos aquellos seres felices que se divertian ante mis ojos: los walses y los rigodones se sucedian sin interrupcion, sin que yo hubiera podido decir cuántas veces el piano habia suspendido sus alegres acordes.

Mme. Vanden-Berge y su hija se acercaron á mí, y am-

bas empezaron á chancearse acerca de mi actitud pensativa y triste: aseguráronme que se habian empeñado en hacerme bailar, aunque fuera á pesar mio: aquellas dos excelentes criaturas se imaginaban que mi humildad me impedia invitar á ninguna de las jóvenes presentes, y que mi aislamiento en medio de tan gran concurrencia, debia causarme á la vez embarazo y tristeza: solo la bondad de su alma las habia guiado hasta donde yo estaba para animarme y darme valor.

Imposible me fué desprenderme, y no habia medio alguno de rehusar: era preciso bailar con la linda y amable Paulina: por otra parte, habia yo notado que algunas personas que nos rodeaban, empezaban á reirse de lo que llamaban mi falta de mundo.

Conduje, pues, á Mlle. Vanden-Berge al círculo de baile: desde el sitio donde nos colocamos, no me era posible ver á Rosa sin volver la cabeza con afectacion.

Mi corazon se hallaba oprimido, y lejos de hallar placer en la amable conversacion de mi compañera, me fastidiaba de una manera horrible: no obstante, hice todo lo posible, obedeciendo las leyes de la política, para ocultarle esta enojosa disposicion de mi ánimo, y bailé, á lo menos en la apariencia, tan alegremente como todos los demás.

Arrastrado por el irresistible deseo de conocer al joven que se dedicaba por completo á Rosa, y que sin saberlo, habia hecho en mi corazon una herida tan profunda, pregunté á Mlle. Paulina su nombre.

Respondióme que se llamaba Conrado de Somerghein y que era el hijo de un rico banquero de la calle del Emperador.

Estos detalles aumentaron mi inquietud y me hicieron temer yo no sé qué vago peligro.

No bien la última nota del piano me devolvió mi libertad, y así que dí gracias á Mlle. Vanden-Berge del honor que me habia dispensado, dí algunos pasos en el salon

para aproximarme á Rosa: el asiento que habia ocupado estaba vacío, y cuando despues de haber mirado en derredor mio, pregunté á Mr. Pavelyn por su hija, éste me contestó con acento descontento:

—Se ha retirado á su cuarto: no sé lo que tiene; será uno de sus caprichos: un acceso de melancolía: mañana se habrá pasado, haz como si no hubieras notado la desaparicion de Rosa, porque si no, van á quedarse todos desanimados.

Erré desde entonces de un salon á otro, lleno de tristeza, y preso de inquietud, como si estuviese ásaltado por el temor vago de una desgracia inminente.

En fin, mi corazon llegó á oprimirse de tal modo, en medio de la alegría general, que insistí con Mr. Pavelyn, para que me permitiese retirarme, lo que al fin me concedió.

Cuando pasé el umbral de la puerta y me hallé en la calle, un suspiro de consuelo y de alivio levantó mi pecho oprimido, y apresuré el paso entre las sombras de la noche, para alejarme del ruido de la fiesta; y para quedarme solo con mis dolorosos pensamientos.